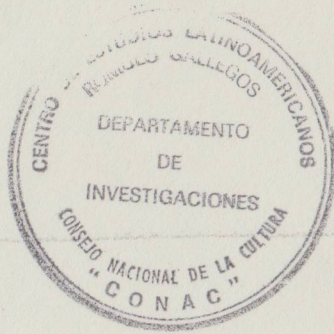


Revista de Literatura Hispánica, Universidad del
Cuba, nº 8 (enero-junio 1975), pp 9-47.



EL DICTADOR LETRADO
DE LA REVOLUCION NACIONAL
LATINOAMERICANA

Angel Rama

1. Una construcción totalizadora.

Un monumento narrativo. Una de esas invenciones fuera de la serie consabida de la novela a que estamos habituados, suerte de monstruo o animal mitológico de los que algunas —pocas— veces irrumpen en la literatura latinoamericana, la desbordan con su excepcionalidad algo aberrante y al tiempo dan la medida de sus potencialidades. Una eventualidad creativa que el siglo XIX parecía haber agotado con obras como *Os Sertões* o el *Facundo* y que el siglo XX, tan disciplinadamente profesional, no se había atrevido a encarar hasta la irrupción de la más reciente narrativa, cuando ésta comenzó a hacer trizas los modelos recibidos y decidió asumir virilmente la contradictoria totalidad cultural del continente.

Tampoco hay antecedentes en la producción narrativa de Augusto Roa Bastos y a pesar de que esta obra se encadena con su excelente novela anterior *Hijo de hombre* (a la cual se refiere el Dr. Francia en una de sus libres provisiones, casi censurándola bajo el rótulo de literatura de los emigrados) convirtiendo retrospectivamente aquel libro de 1960 en un tímido abordaje del asunto magnificante a que se consagra *Yo el Supremo*, la literatura anterior del novelista paraguayo no permitía inferir esta desmesurada invención, este inclasificable libro (historia, novela, ensayo sociológico, filosofía moral, biografía novelada, panfleto revolucionario, documento justificativo, poema en prosa, confesión autobiográfica, debate sobre los límites de la literatura, cuestionamiento del sistema verbal) que es en los hechos una infatigable requisitoria nacida de una conciencia en vilo, revuelta y convulsionada como su tiempo, a la que pone en llaga viva haber asumido todos los conflictos de un hombre latinoamericano. No bien publicado, se constituye en un obligado punto de apoyo de la literatura latinoamericana, o, más exactamente, en un testimonio clave sobre la cultura original de Nuestra América.

La obra anterior de Roa Bastos se ordena en torno de este sol como un servicial sistema planetario, para que podamos percibir de dónde procedía la fragmentaria energía que, por repentinos chispazos, animaba su escritura, cuál era la fuente de su contenida y opacada vitalidad que ahora se conquista mediante un esfuerzo que podría adjetivarse de sobrehumano porque se trata de asumir —en un personaje histórico en un escritor que también pertenece a la historia, pero la de nuestro tiempo, el movimiento secular de una cultura clara y concretamente enraizada en un pueblo, en un medio físico, en sucesivas circunstancias de su terca voluntad de pervivencia y de creatividad. Porque es forzoso reconocer que esta obra individual, hija del talento de un hombre, es un país, un pueblo, la cultura que pacientemente elaboró a lo largo de muchos siglos, es el Paraguay entero, esa madre de naciones como alguna vez se la llamó, el soterrado corazón de la América Meridional a la cual procreó y alimentó y donde, por primera vez en tierras suramericanas, se constituyó un pueblo nuevo, hijo de una fusión de la cultura tupi-guaraní y la del conquistador hispánico, improbable esfuerzo para constituir una nacionalidad americana.

na original. Tal proyecto fue sin cesar frustrado y comprimido por las potencias ribereñas del océano Atlántico (Brasil, aunque principalmente Buenos Aires), dóciles trasmisores de los imperios extranjeros, que se aplicaron a destruir sus propios orígenes mestizos y aniquilar el testimonio vivo de lo que pudo ser una otra América. También contribuyeron a esa sujeción los muchos gobiernos ineptos que se abatieron sobre el país y que desde 1947 forzaron el exilio de muchos de sus intelectuales, pero es comprensible que el emigrado Roa Bastos no atiende en esta ocasión a esa parte contemporánea y se diría que menuda de la historia política paraguaya, cuando está revisando un panorama de quinientos años desde una perspectiva casi antropológica, lo que obliga a una drástica jerarquización en la importancia de los sucesos políticos y sociales. Sin contar que, puesto en tal perspectivismo secular, estos mismos hechos contemporáneos comienzan a trasladarse, a alterar los signos valorativos con que se los tenía sujetos, pasan a ser debatidos dentro del gran enjuiciamiento del pensamiento liberal que desde hace dos décadas se registra en América Latina y se asumen con una subrepticia autocrítica.

El afán de totalidad, en los más variados campos del pensamiento y el arte, rige la composición de la obra, en lo cual se advierte el indisimulado desdén del autor por tantos productos menores, artificiosos y ahogantes como vinieron cubriendo la literatura latinoamericana, especialmente en los mayores enclaves urbanos donde poderosos y alienados sectores les han prestado un desmesurado patrocinio. La literatura convertida en un pasatiempo menor para consumo de enajenadas élites, no empece la calidad artística de muchos de sus productos, pareció subvertir el poderoso aliento creativo que distingue las mejores tradiciones literarias del continente y, sobre todo, contribuyó a una minuciosa fragmentación de la sociedad, destruyendo así los vínculos que a través de las creaciones literarias buscaban religar la comunidad nacional e interpretar sus grandes cometidos históricos. Una literatura de mandarines que habrían renunciado a toda eventual conducción de sus sociedades, transformándose en convalidadores subrepticios de las peores formas del statu-quo opresivo vigente, ha alcanzado predicamento suntuoso en Buenos Aires, México o Sao Paulo, estableciendo una cesura inoportuna con las tradi-

ciones culturales regionales a las que pretendió opacar o simplemente negar. Lo que se pretendió negar, implícitamente, fue la existencia de una totalidad de la cual es parte central el mismo pueblo latinoamericano en sus más variados estratos: la visible falta de percepción de este pueblo que anima muchos de esos productos como una forzada coartada para poder legitimarlos, el desdén o la ignorancia por el robusto pasado latinoamericano (que incluso ha llegado a posesionarse de algunos grupos de la avanzada revolucionaria), sobre todo el descreimiento en la capacidad creativa del hombre, en su papel protagonista dentro de las sociedades, son algunos de los elementos de esta elisión de la totalidad cultural.

Retroceder ciento cincuenta años para retornar a los orígenes revolucionarios de las sociedades americanas, a ese momento del pueblo en armas que se reconoce a sí mismo como protagonista de la historia y funda la primera independencia, postula un retorno a las fuentes vivas de esta totalidad humana y por ende cultural, para recuperar un impulso que está muy lejos de haber muerto y que sólo ha sido preterido o escamoteado en esos numerosos productos de la literatura alienada contemporánea (que no es lo mismo que la literatura de la alienación); implica restablecer la comunicación con el conjunto de la sociedad y sus más urgentes demandas y volver por los fueros de las capitales funciones del escritor, las que hacen de él un avezado intérprete de la singularidad cultural.

El tono iracundo que anima todo el volumen no es sólo el del Dr. Francia enfrentado a las dificultades del momento, a la pugnacidad de los enemigos, a los desfallecimientos de sus propios acompañantes, sino también el del autor cuyo combate no se establece con la sociedad sino con la literatura y con el medio intelectual (Buenos Aires) en el que ha vivido cerca de treinta años de exilio. Dos grandes debates se superponen y se confunden en este libro: el del Dictador Supremo que trata de salvaguardar una doctrina trasmutándola en la vida de un pueblo, encarnándola en un proceso histórico que se expande hacia el futuro y defendiéndola de enemigos embozados o confesos y el de Augusto Roa Bastos, procurando llevar adelante su convicción de una literatura viva, moderna e inserta en la sociedad, defendiéndola de la nube de confusiones y

engaños en que vive circundada la operación literaria actual, proyectándola hacia un porvenir abierto y transformado. Siendo combates muy distintos, hay entre ellos un paralelismo que ha permitido a Roa Bastos trasfundirse por un momento en su personaje (para de inmediato distanciarse y verlo críticamente) y dotarlo de un erizado espíritu beligerante que establece un imprevisto y original sistema de equivalencias entre el dirigente político y el escritor militante: cada uno de ellos cumple su propia lucha, en sus específicos campos, pero esas tareas son estructuralmente afines y concurren a resultados emparentados.

La explicación de esta concurrencia de ambos, se extrae de que tanto el dirigente político como el escritor (cuando éste visualiza con tal amplitud su cometido creativo) son los que tienen que verse con la totalidad social desde un sitio realmente privilegiado, puesto que ocupan el centro de su funcionamiento dinámico, registran su multiplicidad, su desbordante complejidad, detectan las leyes que principalmente operan en el conjunto, se aproximan a la perspectiva histórica y cumplen la acción más notoria en la aceleración del proceso. Tal equivalencia entre el dirigente político y el escritor está en la base de los muchos conflictos que los han enfrentado (y seguirán enfrentando) cuando se produce una divergencia entre sus interpretaciones de la totalidad. Cuando en cambio estas interpretaciones son convergentes a partir de los separados y específicos campos de trabajo, podemos decir que estamos en presencia de una coherente, eficaz, productiva animación de la totalidad social y cultural. Es ése el caso de *Yo el Supremo*, donde el combate moderno del escritor dentro de la literatura es equivalente al combate antiguo del dirigente dentro de la sociedad. Como estamos en presencia del punto inicial y el, por el momento, último, de un fragmento histórico que tiene ya siglo y medio de existencia y ha estado ocupado por la tarea de un pueblo, es la continuidad, permanencia y creatividad de éste la que resulta certificada por tal equivalencia. El aura revolucionaria que circunda esta construcción artística, en su intrínseca especificidad literaria, dice con precisión otra aura revolucionaria: la del pueblo, la de su cultura original, que la sola existencia de esta obra certifica cumplidamente.

2. Revisión de la teoría de la novela.

Para realizar su proyecto, Roa Bastos debió ante todo revisar la teoría vigente de la novela en América Latina. Desde que ésta adquiere autonomía, en tanto género literario, cosa que en nuestro continente sólo se alcanza en el filo del 900 por obra de los naturalistas (contemporáneos, al fin, de los "modernistas" que establecen la autonomía de la literatura, remitiéndola a una función "ideologizante" por encima de las restrictas divisiones partidistas políticas) y sobre todo de los regionalistas de las primeras décadas del XX, desde entonces es el concepto de una ficción orgánica y coherente (por más representativa de las vicisitudes contemporáneas que se la proponga) el que fija las condiciones del ejercicio narrativo. Este se desprende progresivamente de las adherencias con otros géneros literarios, en especial los correspondientes a la ensayística política y social con los que estaba mixturado, hasta crear un orbe específico.

Los intentos más recientes de construir formas literarias que se desentendían de las compartimentaciones de géneros (las notas bibliográficas trasmutadas en cuentos por Borges, los poemas en prosa que devienen cuentos en el caso de Octavio Paz) no habían dejado de prescindir voluntariamente de la materia documental, de los análisis didascálicos o de las teorizaciones filosóficas, que parecían impertinentes a la literatura. En especial a la novela, a pesar de que ella, desde su origen, ha estado empedrada de esas largas disertaciones que, de Richardson a Tolstoi, detienen la fluencia de la acción y acumulan lo que Mary McCarthy definía como una "sabrosa salsa". La narrativa presente procuró desprenderse de esos materiales y reducirse a una pura ficción que por sí sola resultara "dicente" de la estructura ideológica que se proponía transmitir, lo que sin embargo no dejaba de comportar un progreso respecto a la teoría de la poesía descendida del Romanticismo y el Simbolismo, donde el "discurso de las ideas" resultaba excluido de antemano, lo que ya motivara el enjuiciamiento de Galvano della Volpe en su *Crítica del gusto* (1960).

Como ya parece privativo de los intentos de revisión de sistemas literarios vigentes, el camino que en esos casos se recorre pasa por un previo retorno a las fuentes lejanas, aquéllas en apariencia obsoletas. Si con algo puede enparentarse la

novela *Yo el Supremo*, es con los mixturados productos del siglo XIX cuya especificidad literaria ha sido reiteradamente cuestionada. El mismo debate que ha acompañado al *Facundo* (1845) y a *Os Sertões* (1902) puede reponerse con respecto a la obra de Roa Bastos aunque evidentemente en un nivel de más alta complejidad porque él, a diferencia de sus antecesores decimonónicos, es ya un narrador formado en las teorías contemporáneas de la especificidad de la novela. No pertenece a la época cultural latinoamericana en que las diversas funciones intelectuales (que desde el 900 comenzaron a independizarse dándonos por separado el estudio sociológico, el planteo político, la ficción artística, el periodismo de actualidad) aún se encontraban reunidas en las pocas personalidades capaces de ejercerlas a todas indistintamente y aun otras como la abogacía, la ingeniería, la diputación y hasta la presidencia.

Del mismo modo que ha podido decirse que Gabriel García Márquez, para construir su original novela *Cien años de soledad*, ha debido retornar por los fueros del folletín por entregas del XIX o los de la paraliteratura popular, revisándolos desde un ángulo decididamente moderno (cosa que en cambio no consigue hacer plenamente Ariano Suassuna en su *Romance d'a Pedra do Reino*, 1971) puede decirse de Augusto Roa Bastos que ha debido pasar por esa nutrida literatura testimonial, política y sociológica del XIX que muchas veces los críticos deben rever cuidadosamente para poder incluirla en la ficción literaria tal como hoy día la concebimos, pero revisando ese nutrido y confuso material gracias a una perspectiva moderna y aún más, actualísima, de la creación literaria. Esa insignia que marca a tantos de los narradores latinoamericanos actuales a pesar de haber sido acuñada por Rubén Darío ("muy antiguo y muy moderno") también puede aplicarse a la tarea cumplida por Roa Bastos. Ha retornado al pasado, ha restaurado concepciones literarias del XIX que parecían perdidas, ha revisado por lo tanto la teoría imperante de la novela en América Latina (la de la "nueva narrativa" o, en términos desdichados, del "boom narrativo") pero desde una perspectiva rigurosamente contemporánea. Aun cuando se refiere a un personaje de la primera mitad del XIX, aun siendo estrictamente fiel a la veracidad histórica, aun cuando se define a sí mismo

como "compilador" para evitar el término "novelista" que apunta a la idea de ficción, estamos en presencia de una tarea que responde tanto a la más reciente revaloración histórica como a las experimentaciones narrativas que debemos a la lingüística sistemática de hoy.

Es conveniente deslindar las conexiones de la obra con los géneros literarios reconocidos, aunque a veces parezca un debate vano. Al que puede aproximarse es al de la "biografía novelada" por cuanto estamos ante un personaje histórico real, el Dr. José Gaspar Francia, ante una época cronológicamente determinada y reconstruida (los primeros cuarenta años del siglo XIX) y ante un país cuyos rasgos culturales están cuidadosamente atendidos (Paraguay). Pero nada aquí corresponde a los difundidos modelos de la biografía romanceada, sino que el material histórico y biográfico ha sido subsumido por una concepción estrictamente novelesca, ha sido puesto al servicio de sus exigencias y plasmado libremente de acuerdo a las necesidades internas de la construcción artística. De los dos términos (biografía-novela) que definen el género, el de mayor envergadura es aquí el narrativo, lo que se delata en dos operaciones capitales: primero, la decidida instalación del punto de vista narrativo en la conciencia parlante y soñante del personaje histórico, acumulando un conjunto de datos que sólo por libre inferencia puede extraerse de los documentos históricos, o sea la central construcción de un personaje como autónomamente sólo es capaz de efectuar la novela en tanto género; segundo, la ordenación literario-ideológica de los materiales históricos, los cuales parten de un detalle minúsculo que sobreviene en las postrimerías del largo gobierno del Supremo —la investigación de un pasquín opositor aparecido en la ciudad de Asunción— para desencadenar una planificada serie de sucesos anteriores donde confesadamente los diversos episodios reales han sido rearticulados libérrimamente entre sí (ejemplo la doble visita de los porteños, Belgrano y Echeverría y de los brasileños, Correia da Camara) para responder a los propósitos de la mostración ideológica, más que al suceder cronológico de los hechos. Aunque también la biografía puede manejar muy libres formas de composición, en este caso ella responde de modo perentorio a las necesidades de una estructu-

ración narrativa, poniendo a su servicio, en los momentos que estima oportunos, el material documental, y haciéndole depender de la explicación de una tesis político-social.

Es sabida la ojeriza con que Lukács vio este género nuevo que en la literatura sólo fue posible bajo el impulso romántico, y su manera de oponerlo al que inicialmente presentó la "novela histórica" de Walter Scott. Para Lukács, padecía de una excesiva supeditación a lo particular e individual en desmedro de la capacidad de representar los conflictos sociales que él parecía percibir mejor en la narrativa del "gentleman" conservador inglés. En la obra de Scott encontraba ya en pleno funcionamiento los "individuos históricos" que estimaba la clave de una plena representación de la totalidad social. Si hay una obra que puede invalidar esas objeciones es *Yo el Supremo*, porque estando rígidamente concentrada sobre un individuo cuyos menores movimientos íntimos recorre y explora, con especial dedicación a su "tesoro personal", es decir, a lo que en él había de original y único, nunca deja de manejar la perspectiva histórica en que se mueve y que lo mueve, su capacidad para estar en el centro de la conflictualidad histórica e interpretarla cabalmente. En este sentido es más un "individuo histórico", como prefería Lukács, que un "héroe individual" y se le puede aplicar la definición del crítico (en *La novela histórica*, México, Era 1966) aunque reconociendo que Roa Bastos lo ha hecho posible sin abandonar la perspectiva estrictamente individualista: "La configuración de los "individuos históricos" a través de sus victorias o de su fracaso en el cumplimiento de su misión histórica, elimina de los personajes todo lo mezquino y anecdótico de la narración biográfica, sin que por ello su destino tuviera que renunciar a su emotividad humana. Pues se han convertido en "individuos históricos" justamente porque, según hemos visto, el más íntimo núcleo personal de su naturaleza, sus más apasionados afanes personales, se hallan vinculados estrechamente a la tarea histórica que debían cumplir, porque sus pasiones más personales tendían justamente hacia esa meta".

Desde nuestra instalación en el arte de la segunda mitad del XX, esa preterición de lo "mezquino y anecdótico de la narración biográfica" puede fácilmente derivar al estereotipo

biográfico-narrativo que ha sido frecuente en la exaltación de los héroes por parte de los diversos grupos de admiradores, porque el concepto de "ejemplaridad" y el de "representatividad" de los conflictos sociales concluyen combinándose perniciosamente para ofrecernos la galería de "modelos", más propios del zócalo del monumento público que de la verdad humana. Aun aceptando la sensata observación de Engels acerca de que es la época quien fomenta la aparición del gran hombre y que si no hubiera habido un corso llamado Napoleón Bonaparte hubiera sido "otro" quien cumpliera su acción histórica, es obvio que ese "otro" tendría rasgos individuales que no podrían ser asimilados al que fuera Cónsul y Emperador de los franceses. Cosa más flagrante cuando nos desplazamos de los esquemas universalistas y tomamos en cuenta la perspectiva regionalista en que se desarrolla una personalidad, de lo que no siempre fueron conscientes los teorizadores eurocéntricos. Si algo prueba insistentemente Yo el Supremo, es la singularidad del Dr. Francia, sobre todo si se la vincula a los dirigentes de la Revolución en Buenos Aires y a sus propios compatriotas de la pequeña burguesía local. También prueba fehacientemente el libro la "representatividad" de que fue capaz con relación a su pueblo, pero las soluciones que a ella dio, responden a rasgos privativos de su asombrosa personalidad. Sin contar que no estamos en presencia de una "hagiografía" sino de un montaje crítico, donde ni todo es admitido ni los reconocimientos opacan las censuras.

Todo ello fluye con naturalidad del manejo de plurales coordinadas: la histórico-social no opaca la biográfica y ambas no imposibilitan la narrativa, ni tampoco esa otra subrepticia coordinada que es infaltable en la novela histórica, como el propio Lukács subrayara, y que está representada por el perspectivismo que mueve al escritor a partir de las circunstancias históricas en que él vive y de su peculiar sistema imaginario. Pasado y presente conviven estrechamente en la novela por muchas razones: el autor está dentro de ella, no como personaje o escondido tras un alter ego, sino en tanto autor, haciendo un juego a la vista que explícitamente quiere romper el ilusionismo de la reconstrucción histórica; también dentro de la novela está la forma y circunstancias en que fue compuesta, los materiales acopiados, los legajos revisados, los

documentos manejados, los cuales son reconocidos como textos escritos y utilizados en cuanto tales y no, como es habitual en la biografía novelada, como parte de una cocina que se escamotea cuando la mesa se sirve al invitado de honor, al lector; finalmente porque está en la novela la vida concreta de un emigrado paraguayo en tierras argentinas, los avatares de su desarrollo intelectual, las enseñanzas de la historia contemporánea, las contribuciones de una escuela moderna de investigadores e historiadores.

Es decir: el punto de vista —personal, cultural, histórico, político, humano en el plural sentido del término— es incorporado francamente a la novela, de tal modo que la artificiosidad propia de la biografía novelada (que comparte con el modelo narrativo del siglo XIX en que nació), según la cual el lector se asoma directamente a otro tiempo pasado y a la intimidad de un hombre real, aquí es reemplazada por una artificiosidad más sutil y menos perceptible, porque el lector se asoma tanto al pasado del personaje como al presente del autor mientras él está escribiendo un texto que es reconocido, francamente, como una obra literaria. No puede sorprender que el Dr. Francia se refiera en ocasiones a hechos que estarían fuera del horizonte de su vida personal, más allá de esa fecha de 1840 en que muere, y que no son sólo datos políticos sino incluso alusiones literarias como la que hace al tema de un cuento de Joao Guimaraes Rosa (“A terceira margem do rio”), visto que el autor a su vez se trasmuta en el “fiel de fechos” y lo acompaña en su adusto gabinete de trabajo. La rotunda combinación, sin escamoteos, del pasado y del presente, la conjunción de las acciones del Dr. Francia durante la Revolución de Independencia y las que cumplen hoy los conductores revolucionarios de América Latina, componen un juego a la vista que rompe el ilusionismo de la novela, con la imprevista consecuencia de permitir que nos asomemos a la continuidad histórica de un pueblo americano.

3. Tratado sociológico sobre la nacionalidad.

Pero tampoco la obra puede ser reducida a una actualizada concepción de la biografía novelada, puesto que la amplia “representatividad” que en ella se procura implica, como en los ejemplos literarios citados del siglo pasado, el tratado socio-

lógico, capaz de interpretar, en este caso, no un sector presuntamente atrasado de la sociedad como los que visualizaron Domingo Sarmiento o Euclides da Cunha, sino la totalidad de una nacionalidad. Si el personaje individual, el Dr. Francia, no abandona el punto focal de la creación y si no se desatiende su particularidad humana, desde su famosa hipocondría (que ya en 1880 permitía que José Ramos Mejía lo incluyera en su galería psicopatológica dedicada a Las neurosis de los hombres célebres) hasta sus complejas y elusivas relaciones amorosas y la serie de sus tesoneras venganzas personales que tanto material proporcionaron a los libelistas de su tiempo, esa atención por lo particular del hombre va acompañada de un examen constante del marco social, de sus propósitos de conductor político, de su proyecto sobre esa nacionalidad nueva y original que fue la paraguaya.

Como en la utilización que hizo Sarmiento de Facundo, para analizar la naturaleza de la población rural argentina, también aquí estamos en presencia de la personalidad privilegiada si se trata de considerar el problema de la nacionalidad a que se vieron enfrentados los países creados a consecuencia de la fractura revolucionaria del antiguo imperio español. El Dr. Francia se presentó a los ojos de admiradores y enemigos, como la encarnación de esa nacionalidad: ése fue su gran asunto histórico, del que tuvo la más alta y clara conciencia y al que aplicó sus energías. Su propósito central, a lo largo de los treinta años que duró su actividad al frente del gobierno fue, aún más que preservar, constituir la nacionalidad paraguaya.

Sobre el punto no hay discrepancias entre los historiadores, sean nacionales o extranjeros. Si para Julio César Chávez esa nacionalidad ya existía en agraz antes de la obra de Francia, no obstante a él se le debe haberla dotado del marco independiente necesario a su desarrollo: "no fue el fundador de la independencia paraguaya pero sí fue su encarnación en horas decisivas y su más constante y enérgico defensor" (El Supremo Dictador, Buenos Aires, 1958). Por su parte George Pendle encuentra allí la justificación del famoso aislacionismo en que sumió al país durante tres décadas: "The Supremo's isolationist policy ruined Paraguay's external trade; but it compelled the Paraguayans to

develop and diversity their international economy; it increased their national consciousness and self-reliance; and by preventing the influx of aliens it preserved the homogeneity of the people" (Paraguay, a Riverside Nation, London, 1954).

Rota la sujeción con España, el problema que enfrentaron las antiguas colonias fue, aún más que la fijación de las nuevas fronteras que delimitaran sobre el borroso trazado de las viejas divisiones administrativas a los países independientes, el ajuste de tales fronteras con las incipientes nacionalidades que se habían ido forjando a lo largo de los siglos de vida colonial, cosa harto difícil en las circunstancias de una guerra revolucionaria, en la subversión de la estructura social preexistente, en la desembozada intervención de los imperios europeos rivales del español, en la lucha personalista o de facciones que acompañó todo el proceso. Por debajo de los encontrados intereses de los patriciados regionales, de los nuevos estratos sociales que encontraron en la milicia su eventualidad de ascenso y de las élites intelectuales urbanas, comenzó a definirse un nuevo lazo de solidaridad que la literatura militante de la época, manejando los conceptos ideológicos de la Europa nacionalista, llevó a los más desbordados extremos de ideologización: era la patria, que puntualmente se evoca en todos los himnos, era el localismo constituido en semilla de nacionalidad. La dificultad para fijar su radio, para proponerle una definición coherente y comprensible, y sobre todo para estatuir la realísticamente sobre un determinado territorio, lo que implicaba obtener la aceptación consensual de una vasta y desligada población, dio lugar a las más variadas y a veces frustrantes soluciones, de las cuales hemos heredado esta caprichosa compartimentación continental.

De las muchas soluciones, la paraguaya fue de las más originales porque respondió a un proceso secular de mestización que había constituido, bajo la Colonia, lo que el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro considera "una protoetnia capaz de madurar como-etnia nacional", una verdadera matriz cultural donde los diversos procesos de transculturación arrojaron un producto nuevo y original que podía ser la base de una específica nacionalidad americana: "La matriz asunceña de los pynanbís y la jesuítica de los misioneros, terminaron por

fundirse dando nacimiento al neoguaraní moderno, que presenta todas las características de un pueblo nuevo, formado por la desculturación de la matrices originales y por la sujeción colectiva como área de dominación mercantil europea" (Las Américas y la Civilización, Buenos Aires, 1972). Si esa protoetnia se distribuye por toda la región sur del continente, desde Porto Alegre hasta Buenos Aires, sufriendo ingentes modificaciones gracias a ese impacto mercantil externo señalado, donde resulta en cambio resguardada y potenciada por el drástico aislacionismo que impuso el Dr. Francia y parcialmente sus sucesores, fue en el primigenio centro asunceño que regía la provincia del Paraguay. Trasmutar esa sociedad original en un país independiente, confiriendo a una cultura específica el marco de una autonomía política y económica para que, de conformidad con las tendencias de la época, se constituyera en una nacionalidad, fue el principal cometido que se fijó el Dr. Francia y por el cual batalló decenios oponiéndose a los intentos anexionistas de Buenos Aires, ciudad en la que siempre (salvo el caso de Rosas) tuvo los mayores enemigos de su proyecto, y también a los intereses del Imperio del Brasil deseoso de extender su protectorado sobre esa región. Lograr que el Paraguay fuera reconocido como República independiente por parte de las demás naciones americanas y europeas, sin desmedro de sus derechos como nación soberana, constituyó su terca empresa a la que al fin coronó el éxito pero que pagó con el asilamiento y la militarización.

Es este el asunto central de lo que, en Yo el Supremo, hay de tratado histórico-sociológico. Puede anotarse ya cuánto este punto debe a las aportaciones nacionalistas del revisionismo histórico que hace suyas Roa Bastos. Pero si en esta concepción de la novela como tratado sociológico vuelven a estar presentes los modelos literarios del XIX, la solución que al tema confiere el autor dista mucho de las formas primarias que aquéllos emplearon. El autor no intenta, como Domingo Sarmiento o Euclides da Cunha, establecer una tesis interpretativa que rodea, explícita y da sentido a la peripecia narrativa sino que, aplicando las posibilidades integracionistas de la novela moderna y las libertades conquistadas por los recursos literarios, remite todo el asunto al incesante discurso del Supremo, instala el

problema en su conciencia donde es debatido, fundado, defendido ardientemente. Sólo se complementa este monodialogo con una serie de documentos justificativos cuya función es la de reforzar la verosimilitud del planteo y no permitir que el lector ignorante de la historia pueda creer que se trata de una ficción o una antojadiza concepción del narrador.

El tratado sociológico deviene así la biografía intelectual del "individuo histórico" perdiendo toda eventual apariencia académica o pedagógica, propias del manual ensayístico, para constituirse en la existencia viviente de una conciencia intelectual. Dentro de ella se funden los plurales rasgos de una problemática socio-política, mezclándose con los humores del hombre, sus caprichos, sus cóleras y sus pasiones, sus menudas ocupaciones administrativas. Lejos de estar escindido el ensayo intelectual respecto a la vida cotidiana, ambos se entremezclan, se apoyan mutuamente, de tal modo que el pensamiento queda fecundado tanto por la sociedad que trata de interpretar el Supremo como por su propio temperamento particular. Es como si Facundo o Antonio Conselheiro fueran capaces de proporcionarnos fundamentación intelectual de sus acciones, las pudieran concientizar y explicar racionalmente. Esa eventualidad, difícil en los ejemplos citados, se transforma en una posibilidad real en el caso del Dr. Francia, aprovechada sagazmente por el novelista. Estamos en presencia de un letrado y no de un simple y rudo jefe de montoneras, de modo que la verosimilitud biográfica exige que se presente al Dr. Francia como el hombre culto que fue, capaz de desarrollar una teoría sobre el país y racionalizar los proyectos políticos aplicados. A la vez, esa veracidad en la creación del personaje, autoriza el traslado del tratado sociológico a la composición íntima del personaje y por ende de la novela.

El Dr. Francia es abordado por la novela en su función de gobernante, cuando tiene tras de sí la casi totalidad de su dictadura y cuando el ser humano que es, ha devenido íntegramente el poder. La conocida austeridad de su vida, la dedicación exclusiva a su tarea, la falta de lazos amistosos o sentimentales, la implacable soledad en que vivió hacia el fin, disuelven otros aspectos de su existencia —salvo, en el presente, el corporal y espiritual trance de la enfermedad y la muerte:

salvo, en el pasado bajo las formas de la evocación, el recuerdo de juventud y años adultos - trasuntándolo en el ejercitante del poder, en el celoso guardián de la nacionalidad y en el ansioso capitán de su desarrollo. El tratado sociológico se transforma así en la contextura narrativa central de la obra, en su íntima articulación, pero su explicación no obedece a su conocida y peculiar estructura expositiva e intelectual, sino al movimiento de la realidad en que se engendra: es una teoría que vemos sin cesar naciendo de la praxis, justificándose en los hechos históricos, reorganizándose de acuerdo a la lección viva de lo real.

Tal tratado no es una mera reconstrucción del pasado. Responde también a un perspectivismo del presente. No nace en el vacío ni es un absoluto ahistórico sino que corresponde a la circunstancia concreta de la escritura de la novela, la cual implica el tiempo desde el cual se escribe, la situación del universo contemporáneo. Hace tres décadas que los historiadores paraguayos vienen revisando la concepción histórica liberal (y además argentina) que había sido establecida ya en época temprana por Bartolomé Mitre cuando escribió su *Historia de Belgrano* (1858). Con orgullo, algo olvidadizo de la aportación de sus predecesores Julio César Chávez prologa la tercera edición de su libro *El Supremo Dictador*, publicada originariamente en 1942, diciendo que hasta esa fecha "el más importante y el más original sin duda de los personajes de la historia nacional, era conocido por sus compatriotas a través de los escritos de dos ingleses y dos suizos y los comentarios de un tercer inglés". Esta alusión a los libros de los comerciantes ingleses Robertson, de los cirujanos suizos Rengger y Longchamp y al opúsculo de Thomas Carlyle, sirve para medir la improbable tarea cumplida por él y también por Cecilio Báez, Justo Pastor Benítez, Efraín Cardozo, entre otros, para restablecer una imagen del primer gobernante del país desde una perspectiva nacional. Estas contribuciones, que se integran dentro de la gran onda del revisionismo histórico que llevaron a cabo los argentinos para desmontar la historia liberal oficial, fueron base del libro de Roa Bastos. Aunque él no trabaja exclusivamente sobre sus aportaciones, sino que retorna a las fuentes documentales y las complementa con investigaciones propias, es posible pensar que sin esa corriente historiográfica

no habría sido posible su creación. Roa Bastos pertenece a la misma generación en que está Julio César Chávez, la cual intentó dotar al país de una historia y una literatura propias, originales, enraizadas en sus nativas condiciones.

Pero esto no es suficiente para situar el perspectivismo del libro, que también se beneficia de la remoción política y social de nuestra época, de las enseñanzas derivadas de las revoluciones socialistas modernas, las que permitieron sorprender imprevistas analogías con las revoluciones burguesas del siglo pasado, con los problemas concretos a que tuvieron que hacer frente sus dirigentes, autorizando también a desembarazarse de un conjunto de mitos, cuando no de fetiches, que en su período civilista construyeron las sociedades posrevolucionarias. Del mismo modo que el valor artístico del barroco no se hizo perceptible a los ojos de la cultura europea sino cuando ésta hizo la experiencia del arte impresionista (como ha probado Arnold Hauser), del mismo modo los problemas y las soluciones adelantadas por el Dictador Supremo en la primera mitad del XIX para un país remecido por la Revolución, no adquirieron cabal dimensión sino a la luz de las similares situaciones que se vivieron en Rusia, en China, en Cuba, al modificarse radicalmente la estructura social.

Esto vale, principalmente, para el gran tema de la crítica liberal al Dr. Francia: su ejercicio del poder absoluto, su negativa a promover las formas parlamentarias, su reticencia para la estructuración jurídica de la nación, su desatención por la cultura superior. Ya en la época, con esa desembarazada actitud ante la historia que lo caracterizó, Thomas Carlyle se había desentendido del problema mediante una romántica pasión por las grandes individualidades encarnadoras de su tiempo e intérpretes más valederas que cualquier código, de las demandas de la comunidad. Pero sobre todo Carlyle percibió que las instituciones legales correspondían a estadios evolucionados de las sociedades, a situaciones de seguridad y estabilidad económicas, a su mayor complejidad y educación. En el opúsculo que consagró al Dr. Francia (en sus *Critical and Miscellaneous Essays*) enfrentó esa censura que se había generalizado en Europa y que en América difundían los prohombres.

del liberalismo, diciendo: "Precisamente cuando la libertad constitucional comenzaba a ser comprendida y nos lisonjeábamos de que, con las correspondientes urnas electorales y las correspondientes comisiones de registro y los estallidos de elocuencia parlamentaria, se formaría en aquellos países algo así como un verdadero Parlamento nacional, se levanta este bronceado, este descarnado, este inexorable Doctor Francia, traba embargo en todo aquello y en la forma más despótica le dice a la libertad constitucional: ¡Hasta aquí!" (Thomas Carlyle, El Doctor Francia, Buenos Aires, Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias, traducción de Luis M. Drago).

Es probable que sin la desatención por las formas parlamentarias que ha caracterizado a los estados socialistas del XX sustituyéndolas con un reforzamiento del poder ejecutivo apoyado por un partido único, sin la larga década sin instituciones de la revolución cubana, sin el ejercicio de lo que se ha llamado dictadura del proletariado para unos y dictadura del partido para otros (o de sus élites dirigentes) no se hubiera accedido a esta nueva visión para considerar el problema de la ausencia de libertad constitucional en un país que acababa de emerger de la revolución, que recién había roto el lazo con la metrópoli, que echaba dificultosamente a andar como República. Es probable que sin el "Libro rojo" del presidente Mao-tse Tung no se hubiera podido medir nuevamente el "Catecismo Patrio Reformado" que impuso el Dr. Francia como cartilla de educación básica a toda la población paraguaya, indios, mestizos, blancos y extranjeros, obligando a que se le recitara en las escuelas del país sustituyendo el tradicional Catecismo del padre Astete que sirvió a la orden jesuítica para esa misma educación básica. Es probable que sin la observación de los problemas concretos, graves y actuales, que plantea una revolución en un país sin recursos, sin tradiciones administrativas, sin equipos fieles, se pudiera medir cabalmente lo que significó construir en el Paraguay de entonces los cuadros administrativos, un ejército disciplinado (donde no se podía ascender más allá de capitán y donde estaban abolidos los uniformes de aparato), un equipo educativo de maestros malpagados, maestros de primeras letras, lo que significó poner freno a las ambiciones de los propietarios ricos y mantener una cierta igualdad nacional que protegiera a los más desamparados.

El tratado sociológico que se reencuentra en *Yo el Supremo*, responde en mucho a la experiencia moderna de las dictaduras revolucionarias socialistas. Lo que por los años veinte hicieron los indigenistas peruanos que acababan de aprender el marxismo, respecto al antiguo Incario, es parcialmente lo que ha hecho Roa Bastos con el gobierno del Dr. Francia. El aporte del pensamiento y la praxis revolucionaria moderna ha concurrido en el libro para desentrañar lo que ya Carlyle designaba como “una charada que todavía se está por descifrar”.

No significa esto que Roa Bastos esté convalidando la eliminación de las formas democráticas de gobierno, con lo cual estaría prestando argumentos a las demasiado numerosas dictaduras represivas que se reparten el mapa latinoamericano y tampoco ninguna filosofía marxista puede apoyar la dictadura unipersonal relegando al pueblo de sus derechos inalienables al ejercicio del poder. Del mismo modo que esta filosofía ha justificado la dictadura como una instancia temporaria del proceso revolucionario (y no vale la pena entrar aquí a debatir los riesgos ya demostrados de una concentración del poder que lo reserva al partido, cuando no a las élites dirigentes, hasta el punto de pervertirse por la ausencia de una participación popular real), en el libro de Roa Bastos la dictadura, como veremos, aparece íntimamente vinculada a la circunstancia histórica porque atraviesa una nación incipiente y es su expresión en el campo de la organización del estado. Más que poner el acento en las estructuras impersonales del Estado, el tratado sociológico del libro atiende a la filosofía política y social que pone en práctica un hombre gobernante, mostrando cómo nace de las circunstancias de la nación e interpreta sus demandas populares. Lo que no hace sino remitirnos, nuevamente, a la personalidad del Dr. Francia, al “individuo histórico”.

4. La Dictadura en la Revolución.

¿Quién fue en verdad José Gaspar de Francia, Dictador Supremo del Paraguay durante veintisiete años? Esta pregunta viene formulándose desde que era un joven estudiante en la Universidad de Córdoba, siempre con la misma perplejidad de parte de enemigos (que siempre parecieron más porque mane-

jaban la pluma) y de sus sostenedores. Esa figura se rehusó al encasillamiento simple, generando los mayores desconciertos. El pensamiento liberal que se encumbró en América Latina hacia mediados del siglo pasado, rigiéndola durante cien años, no supo qué hacer con esa extraña personalidad. Al pedestre nivel de los gacetilleros se le podía asimilar al dictador prototípico de tradición bárbara, pero al nivel intelectual no era posible homologar tales simplezas: ya Sarmiento percibió que no podía incluirlo en su transitado esquema de "civilización o barbarie" y que incluso la sola existencia del Dr. Francia cuestionaba esa interpretación de la historia americana: "No es un bárbaro creado en las estancias, en los suburbios de la civilización como su imitador Rosas: es un hombre educado, es un hombre de letras".

Insólitamente, había de ser un hombre de letras que había estudiado teología y jurisprudencia, leído con devoción a los enciclopedistas franceses, acopiado la mejor biblioteca del país, un hombre apasionado de las ciencias naturales que había descubierto el XVIII (el globo celeste, el telescopio, el teodolito y aun ese meteoro que hizo traer desde el fondo de la selva para depositarlo en su gabinete de trabajo), quien aboliría las formas de convivencia política dentro del país, suprimiría la tarea de los intelectuales, impediría el desarrollo de la educación superior y clausuraría las fronteras patrias constriñendo a sus habitantes de manera implacable a un servicio social del trabajo. Es esta la primera de una larga serie de paradojas.

Este hombre agnóstico, interesado en las ciencias ocultas y lector del abate Raynal, será quien instaure la libertad de cultos e imponga austeridad a la Iglesia católica del país sujetándola a sus dictados como si fuera su Pontífice. Este intelectual, que jamás participó de una acción militar, habría de ser quien organizara un ejército que llegó a inspirar temor en los países vecinos pues suplía sus escasos pertrechos bélicos con una destreza, lealtad y heroísmo que lo hacían invencible, pero ese ejército no logró constituirse en un poder, como en los restantes países suramericanos y fue constreñido a la vigilancia de las fronteras y a la instauración de un férreo orden interno. Este hombre, cuya honradez, laboriosidad y austeridad personal nunca fueron cuestionadas, consigue mediante una implacable

cruzada contra la corrupción, el desorden y el bandidaje, lo que ninguna otra República obtuvo: un clima de sosiego durante la primera mitad del siglo XIX. Ese mismo intelectual, sin embargo, confina al sabio naturalista francés Aimé Bompland en un pueblecito paraguayo durante casi diez años, hace caso omiso del clamor de los intelectuales y gobernantes europeos que piden su libertad, ni siquiera da respuesta a las apremiantes cartas de Simón Bolívar pidiendo la entrega de su antiguo maestro y, sabedor de su proyecto de organizar una expedición punitiva para derrocarlo y rescatar a Bompland, se apresta tranquilamente a la defensa del país. Este hombre, que es implacable con sus enemigos, a quienes persigue y destruye sin importarle los años transcurridos desde los agravios que le infirieran, a quienes tortura y ejecuta públicamente, cuyos bienes confisca y a cuyos familiares destierra, concluye sus casi tres décadas de gobierno sin que sus opositores puedan contabilizar la cifra de cien víctimas. Este hombre, que vivió amenazado por los caudillos regionales del antiguo Virreinato del Plata, en especial por Artigas que planeó invadir el Paraguay, cuándo éste fue derrotado por el ejército portugués y reclamó asilo desde la frontera, se lo otorgó, lo confinó en un pueblecito y le confirió una pensión vitalicia.

Podrían agregarse más "charadas". Sus orígenes fueron oscuros: el extraño personaje que fue su padre —¿brasileño o francés?— a quien odió, con quien no quiso reconciliarse cuando entró en su larga agonía, es todavía mejor conocido que su madre sobre quien nunca dijo palabra. Llega tarde a la vida política: en 1808, cuando tiene ya 42 años, es elegido alcalde de primer voto del Cabildo de Asunción. Para ese entonces sabe de desprecios porque la pequeña aristocracia provinciana es muy celosa de la limpieza de sangre que defiende sus prerrogativas. Abandona el poder cuando no consigue que se haga su política, se retira a su hacienda, vive estudiando, sólo sale de allí cuando es reclamado. Comparte las tribulaciones de las primeras juntas revolucionarias, estableciendo su rígida línea: independencia absoluta, tanto de España como del Brasil y del Virreinato del Plata. Cuando consigue ser designado Dictador para un período de tres años ya no permitirá que le sea arrancado el poder que ejerce como único, como Supremo, para cumplir la misión que se ha asignado: defensor de la nacionalidad. Nada lo detiene en

esta tarea. Nada lo distrae: no hay mujeres en su vida adulta, no hay vicios, no hay placeres, no hay codicias, no hay afanes de figuración: él es el Dictador Supremo del Paraguay y nada más. Se trasmuta en el Poder Absoluto.

Pero si por los aspectos formales de este Poder, se le puede incluir dentro de la muy larga lista de dictadores de América Latina, por el contenido se le debe conferir un sitio muy distinto. Ante todo considerando la época en que lo ejerce, cuando la palabra Dictadura no tenía las actuales connotaciones y podía presentarse bajo las tradicionales y disciplinadas concepciones del derecho romano (las cuales fueron resucitadas por la Revolución Francesa al vestirse culturalmente a la romana) que la veían como un cargo público para el que un hombre era designado por el acuerdo de los demás en circunstancias difíciles para el Estado. Esta entrega del poder a un hombre (o a varios hombres) estaba prevista en la legislación romana como un accidente de la vida institucional: así llegó al poder el Dr. Francia, designado para un período de tres años que correspondía a una emergencia del país, pero mediado ese tiempo transformó hábilmente su cargo en permanente y vitalicio sin por eso abolir las formas republicanas. Esta nueva forma, que fue fundamentada en las necesidades del bien público amenazado y que no hizo sino acendrase a lo largo de los años hasta aniquilar toda participación directa de la ciudadanía en los órganos de decisión, si por una parte serviría de modelo a una larga descendencia latinoamericana de dictadores que llega a nuestros días, por la otra usaba a su vez como modelo el encumbramiento de Napoleón en la Francia posrevolucionaria. Con la diferencia de que el Dr. Francia no consiguió igual pronto reconocimiento póstumo de sus conciudadanos ni quiso nunca abandonar el principio republicano, rechazando las tentaciones monárquicas que en un momento dominaron a los prohombres de la Revolución americana, inquietos ante el desorden e inseguridad de sus países.

Su dictadura fue por lo tanto expresión de una muy precisa y circunscrita situación política, social y económica y no puede considerarse si no es en la perspectiva revolucionaria de una incipiente nacionalidad que conquista la independencia. Esos tres elementos —Independencia, Revolución, Dictadura— se

presentan íntimamente enlazados y los tres descansan sobre un determinado período de la Historia (primera mitad del XIX) y sobre una determinada Sociedad (la de los hombres que se sentían asociados por su participación en una cultura paraguaya). Lo original de su obra radica en la conjunción que establece entre estas puntas de una estrella en cuyo centro él corporizó, íntegramente, el poder discrecional. No es necesario subrayar cómo esa situación es pasible de vincularse con otras similares producidas en las revoluciones del siglo XX, ya en su mayoría socialistas, ni en qué medida la lección de las revoluciones burguesas fue en su momento aprovechada por Carlos Marx para las proposiciones teóricas sobre el ejercicio del poder que posteriormente reelaboró Lenin en *El Estado y la Revolución*.

Es el principio de "representatividad" de la colectividad lo que resultó objeto de nuevas teorizaciones y que comenzó con el derecho que se arrogaron los estratos burgueses para considerarse legítima representación de la sociedad, para lo cual debieron cuestionar a través del pensamiento dieciochesco la "representatividad" de la monarquía de derecho divino y al mismo tiempo declararse unilateralmente portadores de la "representatividad" de todo el pueblo en sus diversas clases, para así destruir el predominio de una minoría aristocrática. A partir de esta nueva concepción, se generarán las posteriores respecto a los detentadores del poder, de las cuales la más exitosa sería la que estatuyera al "proletariado" nacido de la revolución maquinista e industrial como su legítimo depositario.

El Dr. Francia es un típico representante del pensamiento iluminista, como lo fueron en diverso grado la mayoría de los jefes de la Revolución de Independencia, lectores de Rousseau y Montesquieu, lo que les permitió afirmar, frente al destronamiento del monarca español, que el poder había revertido al pueblo, el cual a su vez quedó representado por las élites ilustradas de las ciudades y por la burguesía mercantil criolla que se había desarrollado bajo el reformismo borbón. Las constituciones nacidas de la estructuración jurídica de los nuevos estados americanos no harían sino justificar mediante variados artilugios (voto sólo para alfabetos, para propietarios y profesionales, elecciones indirectas, etc.) el mantenimiento del

poder entre las manos de una minoría, con lo cual se echarían las bases de las repúblicas oligárquicas, aunque, como ya observara Halperín Donghi, "es la debilidad misma del sufragio como fuente de poder la que hace irrelevantes sus modalidades; puesto que los ciudadanos electores son llamados sobre todo a legitimar una situación preexistente, y han descubierto ya qué razones de prudencia les aconsejan prestarse a hacerlo, es en el fondo indiferente a qué parte de la población es conferido ese dudoso honor" (*Hispanoamérica después de la Independencia*, Buenos Aires, Paidós, 1972).

Las "libertades constitucionales" de que hablaba Carlyle, en los puntos de América Latina donde se aplicaron (y son conocidas las restricciones que a ellas estimaba indispensables Simón Bolívar para desarrollar repúblicas estables) no fueron más allá de ficciones jurídicas que de ningún modo implicaron la real participación democrática del pueblo, ni, por lo mismo, sirvieron para alcanzar las situaciones de sosiego que exigía perentoriamente una América diezmada por la guerra y el caos. No se trata de forzar retrospectivamente una interpretación de ese tiempo a partir de una doctrina socialista que fue formulada posteriormente y que por largo tiempo resultó inaplicable a las circunstancias económicas de los países latinoamericanos (y puede sospecharse que a veces Roa Bastos cede inconscientemente a esa tentación, sobre todo cuando no atiende a la defensa de la propiedad que hizo el Dictador Supremo dentro de la concepción burguesa de su tiempo) sino de percibir la inadaptación a la época de las ideas liberales. El esfuerzo para mantenerlas sirviendo al proyecto económico procedente de los imperios europeos, creando a la vez sistemas de gobierno que las negaban pues se trataba de organizaciones oligárquicas que daban el poder a un reducido grupo social, dio lugar a las contradicciones que poblaron el siglo XIX, cuando el pueblo fue exceptuado en todas partes del ejercicio del poder: "entró a padecer América y padece —decía Martí a fines del siglo pasado— de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico".

Dentro de este panorama contradictorio, la Dictadura del Dr. José Gaspar Francia se nos presenta como un intento de

coherencia, que se apoya en la naturaleza de los hombres americanos de entonces y en sus circunstancias reales: adapta las formas de gobierno a la realidad socioeconómica del país, sirviendo al mismo tiempo, en la mejor forma posible, al ideario iluminista que alimentó la Revolución. Todo eso dentro de las restricciones que imponía un estado especialmente dificultoso, un país paupérrimo, una situación confusa, cuya lista de prioridades era muy exigente y rígida, sin contar que no se disponía de los equipos indispensables para aplicarla. Quizás sea éste el reproche mayor que puede hacerse al Dictador, o al menos el que le formula Roa Bastos: haber asumido personalmente todos los problemas y no haber procurado generar los hombres que los tomaran en sus manos y democráticamente fueran resolviéndolos, con lo cual parecemos presenciar la requisitoria sobre Perón y la herencia de vacío de poder que dejó a su muerte.

Son al menos esos reproches los que oye el Dictador Supremo que se le formulan cuando ya ha entrado en agonía: “¿Y cuál es la cuenta de tu Debe y Haber, contraoidor de tu propio silencio? pregunta el que corrige a mis espaldas estos apuntes; el que por momentos gobierna mi mano cuando mis fuerzas flaquean del Absoluto Poder a la Impotencia Absoluta”. Este “contraoidor” que escribe a más de un siglo de la muerte del Dictador, repara en ese vértigo que lo dominó y que se llamó Poder. “La pasión de lo Absoluto, ¡ah mal jugador! te ha herrumbrado y carcomido poco a poco, sin darte cuenta mientras vigilabas tus cuentas al centavo. Te has conformado con poco”. Y más adelante, dentro de esa requisitoria contra el agonizante: “Dejaste de creer en Dios pero tampoco creíste en el pueblo con la verdadera mística de la Revolución; única que lleva a un verdadero conductor a identificarse con su causa; no a usarla como escondrijo de su absoluta vertical Personal, en la que ahora pastan horizontalmente los gusanos”. “Todo movimiento verdaderamente revolucionario, en los actuales tiempos de nuestras Repúblicas, única y manifiestamente comienza con la soberanía como un todo real en acto. Un siglo atrás, la Revolución Comunera se perdió cuando el poder del pueblo fue traicionado por los patricios de la capital. Quisiste evitar esto. Te quedaste a mitad de camino y no formaste

verdaderos dirigentes revolucionarios sino una plaga de secuaces atraillados a tu sombra" (pp. 439 a 454). En este enjuiciamiento, donde se superponen los gobiernos populistas y verticales de hoy a la Dictadura del Dr. Francia, no es por lo tanto la Dictadura lo que está en cuestión. Eso es, exactamente, lo de menos. Lo central es la capacidad para llevar adelante el proceso de democratización que era el motor inspirador de la Revolución. Con lo cual el Dr. Francia aparece como el gestor y defensor de la nacionalidad ("Me arrojé al Etnia de mi Raza") quien cumplió una parte, solo una parte, de lo que ella reclamaba, a saber, llevar la Revolución "hasta más allá de sus límites si es necesario".

Con lo cual su figura queda, al finalizar el libro, suspendida en una inminencia de mayor realización que está por hacerse; él abrió un camino para el cual es necesario, ciento cincuenta años después, de otro que sepa seguir transitándolo hacia delante "hasta sus últimas consecuencias". Sólo en esta perspectiva es comprensible la dualidad Yo-El a la que alude constantemente el Supremo y que hace de su tarea un mero fragmento histórico de esa continuidad y grandeza que pertenece a El: "Yo es El, definitivamente. Yo-El-Supremo. Inmemorial. Imperecedero". Dentro del juego de espejos "escriturarios" que despliega la novela, su personaje central, como el forastero de "Las ruinas circulares", es escrito por ese otro dentro del cual anida como dentro de un árbol: "Quien pretende relatar su vida se pierde en lo inmediato. Únicamente se puede hablar de otro. El Yo sólo se manifiesta a través del El. Yo no me hablo a mí. Me escucho a través de El" (p.65) y aún antes: "Sólo El permanece sin perder un ápice de su forma, de su dimensión; más vale creciendo-acreciéndose de sí propio" (p. 52). Y después: "En este momento que escribo puedo decir: Una infinita duración ha precedido mi nacimiento. Yo siempre he sido Yo; es decir, cuántos dijeron Yo durante ese tiempo, no eran otros que Yo-El, juntos" (p. 297).

Esta doble naturaleza, que hace de cada Yo un fragmento de un El continuo, que impide que cada Yo sea subsumido por sí mismo, que bloquea la posible disminución de la otredad, que instaura la continuidad y la permanencia más allá de la corta vida de cada individuo, viene a proponer un nuevo absoluto en

sustitución de los religiosos que rigieron durante milenios, un absoluto que se levanta sobre las concepciones románticas del pueblo y de la nacionalidad, y aún más, sobre las de la sociedad comunitaria, y aún más sobre las de la especie, y aún puede verse en el designio de los astros que se desentrañan en la "almastronomía", en el movimiento animado del universo, en la totalidad con la que sin cesar se convive, fundando entonces con mayor rigor el principio de "representatividad" que cualquier Yo pueda aducir para poner en ejecución su tarea historia.

El Yo-El del Dr. Francia es repetido, armónicamente, por el Yo-El del escritor Roa Bastos: es en esa operación donde se identifican, donde también pueden fijar sus diferencias porque ellas son medidas por los distintos ángulos que establecen respecto a El, donde se reconocen como una continuidad que no es la de una orgullosa e individualista afirmación de sí mismo, sino la comprobación de la existencia a través del diálogo incesante que impone esta otredad, a través de la permanencia de ese El que no cesa. La operación es estrictamente equivalente a la que conformó las sociedades religiosas tradicionales y en ellas instauró el principio del servicio del hombre, no para sí sino para Dios, confirió dignidad superior a la calidad humana, la sacralizó sin pasar por la individuación egoísta y le dio una misión. Salvo que ese Dios ahora es El, aunque pienso que la concepción de Roa Bastos no sería mal vista por Teilhard de Chardin, quien sabría religarla a los orígenes.

Desde este enfoque es visible que el problema de la Dictadura ha pasado a un segundo plano. Lo que ocupa el centro de la escena es el asunto de las relaciones del Yo y el El, la capacidad del primero para existir a través y por el segundo, para que puedan realizarse en una dialéctica de la que surge la historia humana. En ella, el diálogo ha sido elevado a condición esencial, un diálogo que la novela dispersa en múltiples posibilidades: es el incesante diálogo con el "fiel de fechos" Policarpo Patiño, es el tesonero diálogo con los conciudadanos a través de las circulares perpetuas, es el diálogo con el come-ta-mujer, es el diálogo con los astros, es el diálogo con los enemigos, es el diálogo con el novelista, es, en fin, el siempre erizado diálogo con los dobles ("Todos los seres tienen

dobles"). Sólo ese diálogo, que es enfrentamiento, salva del anegamiento en el propio Yo y fija el vasto radio de esa nueva pareja de Dioscuros: Yo-El.

5. Las palabras y las cosas.

Es posible imaginar un momento de la preparación de este libro en que el autor creyó que estaba a punto de convertirse en un fantasma, desligado del tiempo y el espacio, en que creyó que se había convertido en una rata de biblioteca o en una polilla devoradora de papeles, en que comenzó a no estar seguro de si él escribía o escribían otros por él. La acumulación del material histórico necesario a los fines de su proyecto literario, significó por una parte la aparentemente inagotable compulsión de libros, documentos, papeles, infinita sucesión de textos escritos que eran el único testimonio concreto y real de la eventual existencia de hombres de carne y hueso que habían ocupado una tierra y un tiempo de la historia; pero además, las particularidades del personaje que procuraba, un "letrado" como había dicho Sarmiento, lo ponía en presencia de un gobernante muy especial que como principal instrumento de su acción ejerció la escritura y dirigió a un país casi analfabeto dictando infinitas circulares, órdenes, recomendaciones, dictámenes, instrucciones, papeles y más papeles con los cuales atendía los asuntos más nimios junto a los que vigilaban la historia de la nacionalidad o daban consejos para enfrentar los enemigos. No fue afecto a los discursos de la plaza pública sino a la empecinada y oscura tarea del gabinete donde día a día dictaba a sus diversos "fieles de fechos", el último de los cuales fue Policarpo Patiño. Por último debe considerarse la singularidad misma del oficio de escritor que redacta la novela, pues ésta, como alguna vez observó Paul Valéry, ha seguido siendo, dentro del universo moderno y técnico actual, el ejercicio de una tarea artesanal y aparentemente arcaica: para el escritor su oficio sigue siendo el de un hombre que sobre un papel va produciendo una escritura, la que se elabora a partir de otras escrituras anteriores o simultáneas, respecto a las cuales y contra las cuales, se sitúa. Esta construcción de un nuevo texto, que el lector pudiera no percibir en una novela cualquiera por sentirse atrapado en su ilusión de realidad, en Yo el Supremo ha sido destacada, mostrada en su íntima progresión, elevada a asunto primordial

de la obra. De ahí que el tema central de la novela sea, simultáneamente con la vida del Dictador, la producción de su texto narrativo.

Por lo tanto asistimos, sobre tres niveles (que dentro de la novela se superponen y confunden) a la producción del texto: en el correspondiente a la recopilación del material histórico indispensable; en el de la actividad escrituraria del personaje central; en el de la escritura de la novela por el autor, por cuanto ésta se define como la armazón (o la compilación) de un texto global a partir de una suma de textos fragmentarios. En el primer nivel se nos proporciona un inmenso y heteróclito material que recoge tanto los escritos de los Robertson, de los Rengger y Longchamp, de los pasquineros de la época, de los primeros historiadores del Paraguay colonial (Lozano), de los historiadores posteriores (Mitre, llamado el Tácito del Plata, Chávez, etc.) como los documentos diplomáticos, los tratados internacionales, las cartas políticas, las memorias de los testigos, los testimonios de supervivientes, conjunto éste que es trasfundido al texto narrativo o remitido a las notas aclaratorias al pie; en el segundo nivel se recogen las presuntas circulares perpetuas del Dictador, sus anotaciones en el llamado "cuaderno privado", las órdenes, resoluciones administrativas y más que nada un incesante monólogo que, según indicación expresa, es dictado a su secretario, luego releído, enmendado y corregido por el Supremo ("Mientras yo dicto, tú escribes. Mientras yo leo lo que te dicto, para luego leer otra vez lo que escribes. Desaparecemos los dos finalmente en lo leído/escrito"); en el tercer nivel, aunque a veces percibimos la directa intervención de un autor que fantasmagóricamente convive las peripecias narrativas, enfrentándose al Dictador o siguiéndolo como un impertinente testigo, la acción escrituraria se trasfunde intersticialmente dentro de la totalidad de los materiales anteriores, resolviéndolos dentro de un sistema dinámico que no es otra cosa que la producción manifiesta del texto literario dentro de una confesada intertextualidad que maneja todas las disciplinas que utilizan la palabra.

La definición que Julia Kristeva proporcionaba del "texto cerrado" parece aplicarse rigurosamente a la obra, por su voluntaria instalación intertextual y por su esfuerzo de recons-

trucción de una lengua manejando sus eventualidades con una libertad propia de la tarea de escribir: "un appareil traslinguistique qui redistribue l'ordre de la langue, en mettant en relation une parole communicative visant l'information directe, avec différents types d'énoncés antérieurs ou synchroniques. Le texte est donc une productivité, ce qui veut dire: 1, son rapport a la langue dans laquelle il se situe est redistributif (destructive-constructif), par conséquent il est abordable à travers des catégories lohiwurd plutôt que purement linguistiques; 2, el est une permutation de textes, une intertextualité: dans l'espace d'un texte plusieurs énoncés, pris à d'autres textes, se croisent et se neutralisent". (Semeiotiqué. Recherches pour une sémanalyse. Paris, 1969). Esta operación de intertextualidad que efectúa el autor, es, en el pensamiento de Julia Kristeva, la que religa la obra con el conjunto social, por lo tanto aquella en que se trasunta la actividad ideológica que confiere contextura a la novela: "L'idéologème est cette fonction intertextuelle que l'on peut lire "matérialisée" aux différents niveaux de la structure de chaque texte, et qui s'étend tout au long de son trajet en lui donnant ses coordonnées historiques et sociales".

Pero no se trata exclusivamente de la construcción que cumple el autor, sino que éste remite este mismo asunto a la novela bajo la forma de una articulación narrativa que sirve para desencadenar la peripecia y para religar las diferentes instancias novelescas: efectivamente, la obra se abre con el texto de un pasquín que ha aparecido clavado en la puerta de la catedral de Asunción y en el cual, imitando los edictos del Supremo, se anuncia lo que pasará con su cadáver y el destino que aguarda a sus colaboradores administrativos. Este pasquín será el texto paradigmático que sirva de motivo y de conjunción a lo largo de la novela. Será sometido a un minucioso análisis, procurando desentrañar la personalidad de su autor por los rasgos de la escritura, por el estilo, por la sintaxis, por el papel utilizado, por las modalidades de su aparición, por el objetivo que procura, etc. Se trata de una normal operación de "textología" que se efectúa sobre un escrito suficientemente enigmático como para que parezca emanado directamente del Supremo a pesar de que su significación le es radicalmente opuesta. La ambigüedad de la producción de la escritura se puede detectar en ese texto, el cual, por lo tanto, puede considerarse representativo, ya que no

simbólico, de la operación que rige a todo el texto literario novelesco y a los plurales textos que dentro de él se entrecruzan.

Si el pasquín parece emanado de la pluma del Supremo o del "fiel de fechos", comportando no obstante una significación que lo contradice o que lo invalida, se puede inferir que los textos acopiados y dispersados por la novela así como el de la misma novela, no sólo deben referirse al proceso de elaboración sino a otro paralelo: la hermenéutica. Se trata de dos funciones concomitantes y convergentes en la medida en que se refieren a un objeto único. De hecho son los dos obligados extremos de la consideración de cualquier mensaje: el que corresponde al emisor del texto, donde hay un autor y un productor, y el que corresponde al receptor del texto, donde hay un lector y un intérprete. Cada uno de esos extremos existe dentro del entrecruzamiento de una pluralidad de textos que aspiran a alcanzar una información sobre la realidad, y al aplicarse de ambos lados al mensaje propuesto, proceden a una construcción/destrucción que no se agota en sí misma, aunque sí agota y disuelve el mensaje, sino que implica sucesivas recomposiciones de los significados y paralelas destrucciones de ellos.

No sólo la producción ha sido insertada dentro de la novela como asunto narrativo sino también la hermenéutica que se constituye en un tema capital de la peripecia. El Supremo procede al análisis infatigable del pasquín, comunica a Patiño cuáles son los métodos apropiados para la interpretación y pone a sus numerosos escribientes a la tarea: así queda fijado el hilo conductor del argumento de la novela, el modelo al cual se ajustará, pues por debajo de él, imitándolo, se superpone una pluralidad de ejercicios similares que llenan el ámbito de la obra con la hermenéutica de todos los textos referidos al gobierno, a la persona del Dictador, a la vida política, social y económica del país. No sólo el autor efectúa la exégesis de los innumerables textos (la mayoría diatribas) referidas al Dictador, sino que éste asume personalmente esa tarea de exégesis hasta el punto de aplicarla a textos que se publicarán después de que él haya muerto. Todos los textos que se le someten son vistos inicialmente por el Dictador con desconfianza, que implica incredulidad respecto a la información visible que proporcionan

y luego son objeto de interpretación que los corrige y enmienda. Los textos carecen aquí de inocencia, la palabra misma deja de ser inocente, pues bajo su piel engañadora hay otra comunicación, otro orden de informaciones, otro sentido. Si ésta es posiblemente la labor principal que ha debido llevar a cabo el autor para rescatar, bajo la montaña de viejos papeles, la verdad sobre el Dictador, ésta es también la tarea que ejerce monomaniáticamente el personaje de la obra, el Dr. Francia, en un típico acto de "letrado jurista" que sabe que toda ley o todo código son pasibles de interpretación. Las promesas de amistad de los vecinos, las exaltaciones patrióticas, las adhesiones de los oligarcas, son trampas verbales que ocultan amenazas o peligros.

De las dos operaciones que rigen la novela —la producción y la exégesis— es la última la que ocupa mayor espacio y adopta las formas de la acción narrativa, como si hubiéramos recuperado la iniciación de la época moderna en el barroco posrenacentista cuando entran en conflicto las apariencias y las realidades en el modelo cervantino. La hermenéutica que aquí encontramos puede incorporarse cómodamente a esa gran línea de los desmitificadores del siglo XIX para quienes la interpretación, como piensa Paul Ricoeur, fue un "ejercicio de la sospecha": Marx, Nietzsche, Freud. "La verdad como mentira, tal sería la fórmula negativa bajo la cual se podrían colocar esos tres ejercicios de la sospecha" (Paul Ricoeur: *De l'interprétation*, París, 1965). Tal concepción implica el reconocimiento de la opacidad del texto, del equívoco que guardan las palabras y por lo mismo la existencia de una "falsa conciencia" procreadora que al tiempo de general el texto engañador, provee sin embargo de las ocultas señales indispensables para "descifrar" el mensaje, las cuales son corroboradas por el proceso de la intertextualidad que lo sitúa en relación estrecha con otros textos vecinos. Para una hermenéutica desmitificadora, los textos no son meramente falsos, sino engañosos, proveen de una apariencia que no corresponde a sus subterráneas intenciones: como los sueños, como las ideologías, como las religiones, pueden ser forzados por una segunda lectura que sea capaz de arrancarles el mensaje verdadero que transportan pero que enmascaran.

La novela transita de la producción del texto a la herme-

néutica del texto, de tal manera que su proceso de construcción es paralelo al de su destrucción. "Ninguna historia puede ser contada" dice el Supremo, ante el espectáculo de este incesante tejer y destejer de los significados. Pero si ellos se invalidan y destruyen, el proceso que para tales fines cumplen es el que da nacimiento y consigue desarrollar la construcción de un texto. La exégesis destruye los significados de un mensaje para develar otros ocultos que son estimados los verdaderos, con lo cual nos provee de un nuevo texto interpretativo: aporta un objeto textual que será pasible de la acción devorante de los significados que acarree una nueva interpretación, la cual también nos entregará otro texto. Las olas sucesivas que se encaraman unas sobre las otras, aniquilándose, son sin embargo las que construyen un inmenso mar. Sólo que no pueden, dada la ley dinámica que las rige, fijarle límites. Mucho más que voluntarios ejercicios de "obra abierta", la novela *Yo el Supremo* queda planteada como una obra abierta por el principio de composición que la rige. La agonía y la muerte del personaje son ficciones de un cierre puramente aparental, pues su materia íntegra está abierta a esta intertextualidad que la proyecta al infinito y de la cual estas páginas de comentario no son sino un fragmento, que se aprovecha de la conyuntura dinámica que la mueve y que serán devoradas por otras exégesis que las destruirán y seguirán construyendo. El autor ha encontrado una mecánica que confunde a la obra con la dialéctica.

Pero además están las palabras con que se compone un texto, las que surgen como aves de rapiña de la realidad. Cuando el impulso creativo lleva al autor a la búsqueda de las grandes conmociones que alimentan a una comunidad de hombres, cuando procura desentrañar a la nacionalidad y al hombre que a ella se asocia como un doble, lo que encuentra son las "palabras, palabras, palabras" que alucinaban al héroe shakesperiano. Ellas se imbrican, se superponen, se desmienten, se copian, se rebaten, se parecen para negarse, se insubordinan, de tal modo que resultan radicalmente desprendidos de las cosas, criaturas enajenadas y furiosas, soliviantadas, incapaces de circundar y precisar las cosas pero siempre empeñadas salvajemente en tal propósito. Componen un tejido de sonidos que se emparentan, se desintegran gradualmente, se entremezclan, desplazando las

significaciones, ocultándolas, para al fin revelarlas sólo mediante un retorcimiento y un erizamiento en que parecen haber sido acogotadas. ("Mi inexpugnable eremitorio-eretorio", "hambre de hombre", "paje a mano", "Literatología de antífonas y contraantífonas. Cópulas de metáforas y metáforos", "Te enseñaré el difícil arte de la ciencia escriptural que no es, como crees, el arte de la floración de los rasgos sino de la desfloración de los signos").

En este tema de las palabras, vuelven a asociarse: una cultura históricamente circunscrita, una cualidad verosímil del personaje, una actitud creativa del autor que corresponde a una problemática de su tiempo. El período de la cultura de Occidente dentro del cual se inscribe la gestación de las nuevas sociedades americanas bajo la Colonia, fue marcado por el estilo barroco que, difundido desde la metrópoli, hizo las delicias de las cortes virreinales limeña y mexicana y propició el "juego del vocablo". Los americanos disfrutaron con los acercamientos de parónimos y antónimos, con las esquivas sinonimias, con los arabescos de las aliteraciones, con las embozadas etimologías que autorizaban segundas lecturas, sin contar los mundanos ejercicios de acrósticos, anagramas, charadas, adivinanzas y los juegos más codiciados por más enrevesados, esos palindromas que, escuelas jesuíticas mediante, han sido capaces de transmitir hasta nuestros años que "dábale arroz a la zorra el abad" puede leerse igual del revés.

El barroco, que signó a la cultura colonial americana con exponentes del virtuosismo de Sor Juana en México o el Lunarejo en Lima, pareció contaminar a todo círculo intelectual con su pirotécnico manejo de las palabras que venía autorizado por la metrópoli con la cortesana "agudeza de ingenios" que nos deparó versos como los de Villamediana: "Diamantes que fueron antes / de amantes de su mujer". Ni siquiera el burgués siglo XVIII pudo desprenderse del manierismo de la escritura y la reencontramos en los letrados neoclásicos y en los burgueses patricios del XIX. No fue ajeno a la prosa del Dr. Francia quien cultivó el esmero de la escritura hasta el punto de incluir entre sus múltiples funciones de gobernante, el puesto de corrector de estilo de sus subordinados. En una comunicación al delegado de

Itapúa, el 1 de noviembre de 1834, lo amonesta: "El añadir sin necesidad continuamente al y el a los nombres de los que citas, es una continuada impertinencia, y no te corresponde ni cae bien en vos usar en los partes al Gobierno ese estilo desdeñoso de apocamiento y desestimación".

Por eso hay verdad histórica en la escritura obsedida de palabras con que el novelista registra el dictado del Dictador, haciéndole decir: "Deyanira me trae la túnica empapada de sangre del río-centauro Neso. Neso: anagrama de seno. Criaturas anfibia-lógicas las mitológicas". Pero no es sólo por esa verdad de la reconstrucción, sino por la perspectiva de una escritura actual y contemporánea, donde la palabra ha sido objeto de reflexión en la conciencia, que el novelista dota al personaje de una voracidad de las palabras, de una incesante pugna entre sus significantes y sus significados, contra la cual al mismo tiempo surge con ardorosas invectivas: "Tu estilo es además abominable. Laberíntico callejón empedrado de aliteraciones, anagramas, idiotismos, barbarismos, paronomasias de la especie pároli/párulis; imbéciles anástrofes para deslumbrar a invertidos imbéciles que experimentan erecciones bajo el efecto de las violentas inversiones de la oración, por el estilo de: Al suelo del árbol cáigome; o esta otra más violenta aún: Clavada la Revolución en mi cabeza la pica guñame su ojo cómplice desde la Plaza. Viejos trucos de la retórica que ahora vuelven a usarse como si fueran nuevos".

Este "ahora" es ya el del novelista que escribe, cuando la reaparición de tales trucos en la escritura culta hereda una lección reciente europea, la cual habría podido buscarse en la poesía folklórica americana que sigue manejando charadas barrocas utilizando la invención estrófica del XVII, la décima. Por lo cual no se trata de una fiel reconstrucción histórica sino, otra vez, de descubrir en una característica de la época que se está revisando, una coyuntura para poner en funcionamiento una problemática estrictamente contemporánea. No se trata de reconstruir la versión americana de los conceptos lingüísticos propios de un período del pensamiento occidental (episteme que Michel Foucault detecta en la aportación de Port Royal) sino de escribir desde una perspectiva postsaussuriana. El

desprendimiento del signo lingüístico respecto a las cosas para trasmutarse efectivamente en un signo binario que representa y que por lo tanto autoriza la libre estructuración propia del discurso, el cuestionamiento de la significación que desarrolló el siglo pasado, la pugna de formalización y exégesis que cubre el tiempo actual, componen ese estrato del saber que no ha dejado de influir sobre las experiencias de narradores latinoamericanos actuales (Fuentes, Goytisolo) pero que no había alcanzado la madurez que muestra en una novela como *Yo el Supremo* donde es al mismo tiempo recusado, pretendiendo recuperar la armonía de la palabra y la cosa, aunque ya no en su ingenua aceptación, sino mediante el combate con las palabras.

La novela transita sobre una conflagración del lenguaje que es atizada por la continuada reinterpretación de significados, cuestionándolos, disolviéndolos, pero no para cancelarlos sino para aspirar a la recuperación, tras esta incineración general, de la verdad nuda de las cosas. ("Escribir es despegar la palabra de uno mismo. Cargar esa palabra que se va despegando de uno con todo lo de uno hasta ser lo de otro. Lo totalmente ajeno"). Si pareciera que ella cumple el designio mallarmeano de constituirse en el ser bruto de la palabra, simultáneamente se rebela, iracunda, contra el mismo proyecto que pone en funcionamiento. La novela se inscribe en esa concepción de la literatura que es para Foucault un producto del siglo XIX ("La littérature, c'est la contestation de la philologie —dont elle est pourtant la figure jumelle—: elle ramène, le langage de la grammaire au pouvoir dénudé de parler, et là elle rencontre l'être sauvage et impérieux des mots", "elle n'a plus alors qu'à se recourber dans un perpétuel retour sur soi, comme si son discours ne pouvait avoir pour contenu que de dire sa propre forme: elle s'adresse à soi como subjectivité écrivante, ou elle cherche à ressaisir, dans le mouvement qui la fait naître l'essence de toute littérature; et ainsi tous ses fils convergent vers la pointe la plus fine —singulière, instantanée, et pourtant absolument universelle— vers le simple acte d'écrire". *Les mots et les choses*, París 1966) pero propone explícitamente, bajo la forma de apelaciones furiosas, la insubordinación contra ese camino que encuentra trazado ya por la época cultural a que pertenece —y que no deja de recorrer— pretendiendo volver a

decir las cosas, la verdad propia de las ciencias humanas, promoviendo por lo tanto un combate contra el mismo sistema literario que pone en ejecución. Es la literatura la que queda urgada, revisada, incriminada y finalmente negada a través de esta construcción que es obligadamente literaria. "No te estoy dictando un cuenticulario de nimiedades. Historias de entreten-y-miento. No estoy dictándote uno de esos novelones en que el escritor presume el carácter sagrado de la literatura. Falsos sacerdotes de la letra escrita hacen de sus obras ceremonias letradas. En ellas, los personajes fantasean con la realidad o fantasean con el lenguaje. Aparentemente celebran el oficio revestidos de suprema autoridad, mas turbándose ante las figuras salidas de sus manos que creen crear. De donde el oficio se torna vicio". Así vocea el Dictador, negando la literatura, lo que a veces le lleva a añorar un lenguaje animal donde no haya engaño de las palabras y por último, a aborrecer, de esa transmutación del hombre en palabras y de todos los hombres en un solo Libro de lo divino: "Miserable honor el de entregar el ansia de inmortalidad a las palabras, que son el símbolo mismo de lo perecedero, sermonea el melancólico deán. Luego contrasermonea: Toda la humanidad pertenece a un solo autor. Es un volumen". Para el ruminante Dictador que está agonizando, para el escritor que lo está escribiendo, y a pesar de que ambos sólo existen por las palabras, "lo único nuestro es lo que permanece indecible detrás de las palabras", mensaje postrero que nos traen, otra vez, siempre las palabras.

Caracas, julio 1975